

Desde que recibí la carta el lunes, llevaba buscando el mejor momento para hablar con mi hija. Por fin había vuelto al instituto después de otro de sus ciclos de tratamiento y no quería alterar su rutina por noticias insignificantes. Lamentablemente, estas no lo eran. Aunque debería estar acostumbrado a sacar malas noticias de los sobres, es algo que me niego a aceptar en cada ocasión. Al menos, esta vez no tiene que ver con ella, pero nos afectaba por igual a ambos. Por eso quería suavizar el golpe todo lo posible, haciendo varios borradores mentales de la conversación, sin atreverme a pronunciar la primera palabra durante la cena, en la que Elsa me cuenta ilusionada su regreso al colegio. Suerte la mía que en el estudio y los amigos encuentra la desconexión que tanto necesitamos, eso me da fuerzas también a mi para seguir adelante. Sin embargo, no puedo postergarlo más o se enterará por otros.

- Cariño, hay algo que necesito contarte. – empiezo desde el marco de la puerta de su habitación. Está sentada en su cama, leyendo en el móvil. Su sonrisa se disipa al escuchar esa frase. Contaba con ello. – No ha llamado el médico, tranquila. ¿Puedo sentarme?
- Sí, no me des esos sustos. – suspira flexionando las rodillas para dejarme un hueco a los pies del colchón. - ¿Qué ha pasado? – cojo aire intentando retener los pensamientos en mi cabeza.
- Vamos a tener que mudarnos. – pronuncio sin rodeos ni apartar la mirada de sus ojos curiosos, que al instante se llenan de lágrimas. Ninguna recorre su mejilla, porque hace años que ha aprendido a dominar ese torrente, para evitar el mío, así que continúo antes de que estalle. – Van a comprar todo el edificio, la oferta que han hecho a la comunidad es muy buena y hemos aceptado. No nos iremos muy lejos, pero tendremos que hacer algunos cambios en nuestra rutina. Seguro que nos adaptamos rápido a...
- ¿Hemos aceptado? ¿Lo sabías? ¿Lo habéis votado y no me has dicho nada antes? – suspira en voz baja, como siempre. Este momento es el que más temía que llegase, porque no puedo darle la respuesta que necesita escuchar.
- Ninguno pensamos que fuese a convertirse en realidad cuando lo votamos, pero ha resultado que el nuevo propietario estaba realmente interesado. Lo siento. – intento concluir sin avivar las llamas.
- Pero teníais que saber que podía pasar ¿los García están de acuerdo? ¿la señora Candela? – acostumbrados al silencio de las paredes del hospital, tengo que hacer un esfuerzo para escuchar sus argumentos.
- Antes de que sigas nombrando a toda la comunidad, sí, todos estaban de acuerdo. – no quería entrar en detalles, pero prefiero dárselos para que su furia silenciosa vaya remitiendo. – La oferta fue muy buena e incluso prometieron esperar a que todos encontrásemos otra vivienda.
- O sea que ya has decidido dónde vamos a vivir. – se cruza de brazos, señal de que no quiere continuar y cualquier cosa que añada será usada en mi contra. Incluso su tono de voz, por encima del ruido de los coches de la calle, me indica que lo mejor que puedo hacer es levantarme.
- Continuaremos hablando mañana. – me resigno emprendiendo el camino hacia la puerta. – El lunes tenemos que irnos, así que en estos próximos días habrá que empaquetar. Mañana te sigo explicando. Descansa. Te quiero.

Abandonar la habitación sin una respuesta es lo que más me duele de todo, y ella lo sabe. Por eso se encarga también de que escuche el portazo mientras camino por el pasillo hacia el salón. No creo que tenga fuerzas para dormir hoy, no después de haber visto su mirada romperse como tantas otras veces en la camilla del hospital. Si solo pudiese eliminar esos momentos, convertirlos en sonrisas, al precio que fuese, lo haría. Pero ahora no puedo decirle eso, porque he dejado que se vendiese

nuestro hogar. Allí donde siempre hemos vuelto tras meses de tratamiento, aquí donde los pedacitos de recuerdos son más reales y brillantes que en cualquier otro lugar. Llorando por esos momentos que toca dejar atrás, me quedé dormido en el sofá al lado del teléfono, como tantas otras noches en las que ella no estaba aquí para acompañarme. Tan cerca y tan lejos ahora, necesito confiar en que, al día siguiente, su madurez nos permita continuar la conversación.

Después de madrugar para esquivar mi presencia, sigo sin tener noticias suyas a la hora de cenar y no puedo evitar preocuparme. Puedo saber que ha estado en el instituto gracias al reporte de sus profesores, pero si está con sus amigos, no quiero interrumpir una conversación que necesita más que la realidad de casa. Intento distraerme guardando los pocos enseres que tenemos en las cajas que he recogido de una panadería cercana. La dinámica me trae recuerdos amargos del pasado, aunque no puedo evitar sonreír. Si Elsa supiese a donde vamos, quizá no estaría tan enfadada. De nada sirve lamentarse ahora que no se lo puedo decir. Unos golpes sobresaltan mi equilibrio en la silla desde la que trataba de alcanzar viejos utensilios de cocina. En la puerta, el nuevo dueño del edificio aguarda pacientemente con una botella de vino en la mano.

- ¿Puedo pasar? – pregunta mostrándome una bolsa que carga en el antebrazo. – Imagino que aún no has cenado.
- La verdad es que no. – le invito a entrar al tiempo que me ofrezco a coger el contenido de la bolsa. Hace años que no pido nada a domicilio y el olor a especias indias se me antoja demasiado fuerte.
- Espero que no te importe, siempre me ha gustado la comida hindú, pero llevo meses sin encontrar el momento para darme el capricho. – comenta mientras se hace sitio en el sofá, retirando un par de cajas con el pie. – Veo que ya casi has acabado.
- Sí, mi intención es marcharnos el domingo por la mañana. Aún estoy esperando a que Elsa recoja sus cosas. – explico mientras desenvuelvo un par de copas sobre la encimera de la cocina. El papel de periódico que las protege también lo había conseguido esa misma mañana.
- ¿Cómo ha ido la conversación?
- Todo lo bien que podía ir, supongo. – suspiro cayendo en el sillón. – Esperaba que fuese mejor, pero sé que entrará en razón.
- Seguro que sí, dale tiempo. A mi Alex también le costó la primera vez, pero eso ya se acabó. Hoy hemos acabado de montar los muebles de su habitación y la sonrisa en su cara... ojalá pudiese conservarla para siempre.
- Ojalá que así pueda ser ¿acaso no es lo que queremos para nuestros hijos?
- Tienes razón, y hacemos todo lo posible por dárselo. – alza la copa rellena de zumo granate para brindar.
- Siempre. – el sabor es mucho más dulce de lo que esperaba cuando acaricia mi garganta, o quizá ya lo había olvidado. – A veces se hace difícil saber si lo que haces es lo correcto, lo mejor para ellos o para uno mismo.
- Me gusta pensar que ambas cosas son igual de importantes. No dejan de ser niños, que han perdido la inocencia demasiado pronto. Deberían poder disfrutar como los demás y dejar que nos encarguemos.
- Elsa ya ha crecido demasiado para volver atrás. – de repente, la comida se me antoja más apetecible. – Si Alex todavía no está perdido, aprovéchalo.
- Nada está perdido, amigo, los adolescentes son complicados con o sin... todo esto.
- Lo dices como si tu hijo ya lo fuese, no sabes lo que te espera. – sonrío recordando el primer año de instituto de Elsa, en el que yo también pensaba haberlo afrontado todo... qué equivocado estuve.

- Bueno, día a día afrontamos la vida, ese es el mantra en casa.
- Para nosotros siempre han sido las cartas. Elsa lleva años intentando enseñarme a usar el ordenador, pero necesito el papel para procesar la información que contienen. –  
instintivamente mis ojos buscan esa última página, que tantas emociones ha traído consigo.
- Todos necesitamos algo, aunque sea una cena improvisada.

Una parte de mí esperaba que Elsa nos interrumpiese en cualquier momento, tener que excusar a Antonio para continuar con la discusión del día anterior, pero las horas pasaron entre recuerdos del pasado y la puerta seguía sin abrirse. Por momentos, olvidaba las preocupaciones del presente, me trasladaba a esos días en la playa, la excursión al bosque, los viajes en coche... incluso podía ver a Alex y Antonio en el acuario, su primera vez en el cine... El picante de la comida despertó mis sentidos, y entre lágrimas y risas pasaron las horas. Sé que tomamos la decisión correcta al dejar que se mudasen al edificio, junto al resto de su gabinete médico, y solo puedo desear que mi hija lo vea, lo entienda y me perdone por apoyar la felicidad de otros. Es un pequeño gesto, como una cena, que significa mucho más de lo que cuesta. Ambos nos despedimos emocionados, felices y agradecidos por haber podido compartir nuestros miedos y alegrías con alguien que los comprende realmente. Al cerrar la puerta, todas las fuerzas que me quedan abandonan mi cuerpo. Preocupado por su ausencia, intento contactar por teléfono con Elsa una última vez, antes de caer dormido en el sillón esperando respuesta.

Resulta cómicamente irónico que las novedades sobre su ausencia aparezcan bajo la puerta a la mañana siguiente en forma de carta. Sin duda, Elsa quería dejar clara su postura con ese gesto y me debatí entre abrirla antes o después del café que mi mente necesitaba para despertar. Me decido por lo segundo, distrayendo mi mente con las tareas cotidianas del comienzo de un nuevo día. Los sábados no llegan ruidos de la calle al amanecer, solo el pío de algún pájaro madrugador y el sonido del viento corriendo entre los edificios. Dejo que la brisa matutina atraviese la casa abriendo todas las ventanas de la casa, menos la del cuarto de Elsa, y vuelvo al sillón preparado para recibir otro golpe. Reviso el contenido de la carta cuando termino y releo las palabras de mi hija. Me ha dejado instrucciones sobre como guardar sus enseres, una lista de la compra que ocupa varias páginas y termina con las dos palabras que no pronunció hace dos noches. Nunca lograré entender lo que pasa por su mente. La luz del teléfono sobre la mesa permanece apagada, no tengo mensajes nuevos, ni siquiera de sus amigos. Así que, poco más puedo hacer que seguir sus instrucciones, al pie de la letra, pues se bien lo que sucederá si no lo hago.

Quizá Elsa no quiera enfrentarse a empaquetarlo todo. Si es así, estoy dispuesto a hacerlo como tantas otras noches en las que preparé las maletas a toda prisa, siempre olvidando algo esencial. Así que intento seguir la lista punto por punto, releando varias veces las minuciosas órdenes de mi hija. No puedo decidir por sus palabras si continúa enfadada o no, pero su firma me ayuda a mantener la esperanza por una reconciliación cercana. Me habría gustado hacer esto juntos, recordando los remiendos de su edredón, la historia de sus peluches, los dibujos de las paredes. Sé que ambos podemos visualizar cada uno de esos recuerdos, y por eso solo conservamos los buenos en su habitación. No puedo evitar sentir curiosidad ante sus puntos imperativos, prohibiéndome abrir las cajas de debajo de la cama. Toda mujer tiene sus secretos y es algo que debí respetar mejor años atrás. Con la lección aprendida, paso al siguiente punto de la lista después de trasladarlas al salón. Tan enfrascado estoy en mi tarea, que habría pasado la hora de comer sin salir del cuarto de Elsa, si no fuese por la llamada de la empresa de mudanza para confirmar la fecha. Mi única interacción del día hasta el momento, que reclama a mi cuerpo realizar sus funciones básicas. Con la ropa del día anterior y sin mirarme al espejo, bajo las escaleras del edificio a por el menú de la cafetería contigua. En mi camino saludo con un movimiento de cabeza a uno de los nuevos inquilinos, por su porte me

atrevería a adivinar que es uno de los doctores de Alex, pero no tengo ganas de detenerme a hablar con nadie. Elsa ocupa todos mis pensamientos mientras ordeno los platos del menú que pediría con ella. Si al menos supiese dónde está, estaría más tranquilo. Mojando las patatas en ketchup evalúo las consecuencias de tratar de descubrirlo hablando con sus amigos. El riesgo a abrir viejas cicatrices es alto, pues ya me dejé llevar por la histeria una noche en la que simplemente lo estaba pasando bien con ellos.

De vuelta en el piso, repaso las habitaciones para asegurarme de que no queda nada dentro de ningún armario o cajón. Solo lo esencial sigue fuera para el último día de estancia, que empiezo a asumir pasaré sin compañía. Debería salir a pasear o incluso podría trasladar algunas cajas a nuestra nueva residencia, pero me siento obligado a permanecer en nuestro hogar hasta que Elsa regrese. Todavía tengo labores con las que entretenerme conteniendo lágrimas en los ojos. Son tantos los recuerdos que no podemos llevarnos, que mis manos repasan las tallas de la pared para tratar de no olvidarlos. Las marcas de su crecimiento en el marco de su habitación, las grietas en el pasillo a la altura de la camilla, el azulejo roto del baño. Sé que a donde vamos crearemos nuevos recuerdos, pero parece toda nuestra vida lo que estas paredes guardan. Hace ya unos meses que contemplo con terror la perspectiva de que Elsa estudie en la universidad, pasando más tiempo fuera de casa, lejos de un control que ya es capaz de gestionar ella sola, pero que siempre tendré configurado en el móvil. Durante el día y la noche las alarmas siguen sonando, y aunque no lo hagan, mi mente permanece despierta, alerta por lo que pueda pasar. Demasiados han sido los sustos como para prescindir de ellas. Incluso ahora me pregunto si se habrá llevado consigo el botiquín de emergencia, con los medicamentos que debe tomar. No puedo evitar preocuparme, aun sabiendo lo responsable que es mi hija, lo diligente que siempre ha sido y lo consciente de su situación. En ocasiones desearía que no lo fuese tanto, que nuestros álbumes de fotos tuviesen alguna sonrisa más fuera de la cama del hospital, pero ya he hecho las paces conmigo mismo al respecto. Ella misma me asegura que he hecho más que suficiente, que es momento de que descanse.

El sonido de las llaves en la puerta me sobresalta. No he sido consciente de quedarme dormido, con el primer álbum de recuerdos en el regazo, intento sin éxito incorporarme del sillón. A través de la ventana se cuela la luz de las farolas de la calle. De golpe, el cansancio me recuerda que el sobre esfuerzo tiene sus consecuencias. En el rellano, mi hija me observa preocupada, lanzándose hacia mí para que mi cuerpo venza hacia las almohadas en lugar del suelo.

- Gracias. – articulo reteniendo su movimiento con un abrazo, que me permite ocultar las lágrimas que surcan mis mejillas. Sus brazos me devuelven el gesto acompañado de un beso.
- Buenas noches, papá. ¿Has cenado algo? – no consigo responder. – Sé que no es el último sábado del mes, pero he traído unas pizzas del super... - deja la frase inconclusa, sabiendo que entiendo a la perfección lo que pretende.
- Gracias. – repito devolviéndole el beso en la mejilla. - ¿cómo estás?
- No, primero cómo estás tú. – insiste sentándose en mi regazo. El peso sobre mi pierna me recuerda las noches en las que nos dormíamos así, acurrucados en el sofá bajo una manta.
- Mejor ahora que estás de vuelta. – contesto sonriendo y secándome las lágrimas con la manga de la chaqueta. Llevo dos días con el mismo chándal, debería haberme duchado después de comer.
- Veo que has seguido las instrucciones.
- Al pie de la letra.
- Eso está por ver ¿por qué no te duchas mientras lo reviso? – se levanta demasiado deprisa como para que pueda atraparla. Me da miedo que desaparezca si la pierdo de vista y parece

leerlo en mis ojos. – Voy a poner la pizza a calentar también. Tenemos que hablar y no lo voy a hacer contigo oliendo a hospital.

- Está bien, está bien. – sonrío mientras me levanto despacio y recojo el álbum del suelo. – Hablamos en un rato. – Me habría encantado usar la ducha para ordenar mis pensamientos, pero mis emociones tienen otro plan. El agua arrastra más lágrimas que suciedad mientras me enjabono y recupero las fuerzas. Puedo volver a respirar al escuchar el ruido del salón, sus pasos inconfundibles, la música que sale de su teléfono. Eso forma también parte de nuestro hogar, nuestra rutina. De alguna manera consigo recomponerme antes de salir del baño, acompañado por una nube de vapor. En el salón, sobre la mesa se pueden oler las pizzas recién hechas. A su lado un papel en blanco me previene de lo que va a ocurrir. Yo mismo propuse esa idea hace años, cuando las disputas empezaron a poner en riesgo la convivencia.
- ¿Cenamos primero? - pregunta desde la cocina, sosteniendo dos vasos de agua.
- Por favor. - escucho atentamente su relato de las últimas clases, deseando conocer su paradero del día siguiente. Pregunto poco, comiendo lentamente los pedazos de pizza que ella devora. Verla comer con tanto entusiasmo me encanta, podría contemplarla durante horas.
- ¿Me estás escuchando?
- Decías que os han adelantado el examen de biología y la tutora dice que no hay nada que hacer.
- Exacto ¿no podríais los padres escribir para que lo pongan en la fecha que debe ser?
- Seguro que hay una buena razón para el cambio, pero puedo llamar el lunes si quieres.
- ¿Voy a ir a clase ese día? - su tono de voz cambia de repente, indicando el momento de coger el bolígrafo que descansa sobre el papel, para dar paso a la conversación que llevamos tanto rato evitando.
- Claro, yo me encargaré de la mudanza por la mañana y te iré a buscar cuando salgas.
- ¿Para ir a dónde exactamente? – antes de que pueda responder continúa, arrebatándome de las manos el papel y boli. – Si nos vamos a quedar en la ciudad, me da igual el tiempo que tarde en llegar al instituto, madrugaré si hace falta y voy en transporte público. No hace falta que me lleves y recojas, ya soy mayorcita. Así que dame la dirección. – impera sacando su móvil del bolsillo y colocándolo sobre la mesa. En la hoja ya está anotado el primer punto “instituto”.
- Antes de responder a eso, necesito contarte algo más. – cojo sus manos entre las mías y combato su mirada. – No vamos a estar solos en la nueva casa. – sus ojos se abren por la sorpresa y una sonrisa pícara se dibuja en su cara.
- ¿A quién me vas a presentar? – se inclina hacia mí, trasladando en el aire su fragancia, el perfume favorito de su madre y el mío. Agradezco que ese sea el olor que aspiro profundamente antes de responder.
- Vamos a volver con mamá. – del shock sus manos siguen apretando las mías, mientras leo en su mirada que desea salir corriendo. – La situación le superó, y no es una excusa. Ahora se siente preparada para volver y estoy dispuesto a darle la oportunidad, si tú también quieres.
- Así sin más. – susurra, incapaz de formar otras palabras.
- Han sido muchas sesiones de terapia en pareja. No quise ocultártelo, pero fue lo que nos aconsejaron, hasta ver si la situación avanzaba.
- ¿Tus clases de baile?
- Me temo que sigo siendo tan torpe como siempre. – sonrío intentando minimizar el golpe. He odiado ocultarlo, por muy buena que fuese la razón, ahora siento algo de libertad y mucha culpa. – Te puedo prometer que ha cambiado, y que al principio solo estará en casa

cuando tú quieras que esté. Tiene una casa a las afueras, en las urbanizaciones donde se mudó Valeria. – intento conectar con el recuerdo de su amiga de la infancia. – Hay suficientes habitaciones para que no os tengáis que ver hasta que así lo quieras, y de todas formas suele trabajar hasta tarde.

- Pensaba que estaba con otra persona. – continúa susurrando combativa.
- Lo estuvo, los primeros años. – no estoy seguro de hacia dónde nos va a llevar la conversación, pero lo mínimo que se merece por mi parte es una respuesta sincera. – No tengo mucha más información. Sabes que desde tu décimo cumpleaños empezó a mandar regalos, y fue entonces cuando volvimos a hablar.
- Ella es a la que escribías las noches en el hospital. – cierra los ojos, reteniendo las lágrimas que se han agolpado en sus cuencas. – Pensé que llevabas un diario.
- En cierto modo así es, todos los días me pregunta por ti. – eso me recuerda que ayer no hablé con ella. Quizá haya sido lo mejor para no preocuparle. – No quería volver a tu vida sin contar con tu aprobación, y encontrar el mejor momento, la mejor manera de hacerlo, lo ha ido postergando en el tiempo.
- Al menos por una vez ha pensado en mí.
- Más de lo que crees. Fue ella la que sugirió acogernos temporalmente, o indefinidamente si queremos quedarnos. Creo que habría tenido un ataque de pánico si no hubiese contado con su apoyo cuando aprobamos ceder el edificio a Antonio. – no puedo seguir llenando el silencio con más testimonios hasta asegurarme de que Elsa vuelve a respirar. Sin soltar sus manos, acompaño sus respiraciones.
- Bueno, desde las urbanizaciones seguro que hay autobuses al centro. – comenta después de un rato en su tono de voz habitual, abriendo los ojos y reclamando sus manos para teclear en el teléfono. – Dirección por favor. – tengo que compartírsela desde mi propio teléfono y en menos de cinco minutos ya ha encontrado la mejor ruta hasta el instituto. – Una hora exacta, ¿qué te parece? – vuelve a coger el papel y lo anota al lado del primer punto.
- Solo si hace buen tiempo, los días que llueva tendré que llevarte temprano para llegar a trabajar.
- Trato hecho. – comenta sin levantar la vista del folio mientras sigue apuntando los detalles.
- Supongo que el siguiente punto es evidente. – gira el papel para que vea las cuatro letras escritas “mamá”.
- Las condiciones que pongas, las aceptará.
- Quiero cenar con ella el lunes. Es lo mínimo si nos va a acoger, así que lo dejamos en pendiente. – traza una línea para continuar.
- ¿Estás segura?
- Sí. – titubea nerviosa, golpeando el boli contra la mesa. – Quizá podríamos sacar los álbumes de fotos y recordar algunas historias mañana. – rodea con la vista el salón, buscando algún indicio de su paradero.
- Por supuesto. – señalo hacia una de las cajas con la palabra “libros” serigrafiada. Ya tengo el primer álbum al lado del sofá, pero para encontrar los de su madre habrá que vaciarla del todo.
- No recuerdo mucho de ella de antes de que se fuese.
- Eras muy pequeña Elsa, a mí me sorprende lo mucho que recuerdas. – sonrío sincero, levantándome del sillón para sentarme a su lado y abrazarla. – Es un gran cambio, que haremos poco a poco. No hace falta que sigamos con la lista, démonos tiempo y hablemos las cosas. – le beso en la cabeza cuando me devuelve al achuchón. – Solo te pido que no vuelvas a desaparecer.
- No lo haré, si no me ocultas nada más. – siempre con sus condiciones.



- ¿Puedo al menos seguirte sorprendiendo en tu cumpleaños?
- Claro, eso sí. – se desata del abrazo para secarse las lágrimas. – Sabes a lo que me refiero.
- Bueno, por si acaso, mejor anotarlo. – ahora es mi turno de escribir en el papel, evitando sus manos que me intentan detener. – Así ya tenemos un tercer punto acotado ¿alguna otra cosa que se te ocurra?
- Si. – responde decidida, dibujando un corazón debajo de mi letra ininteligible. – ¿Solo nos mudamos por necesidad o hay algo más? – caza mi sonrisa disimulada al vuelo. – ¡Lo sabía! Pues no puede ser, necesitas mi consentimiento.
- ¿Desde cuándo? – pregunto divertido.
- Desde que yo he necesitado el tuyo.
- Creo que la situación es ligeramente diferente.
- Yo no, ambos somos adultos y estamos atrapados el uno con el otro. Así que nada de salir hasta que yo lo diga. – cambia su voz imitando la mía años atrás.
- Ya veremos.
- Ya está escrito, no te vas a librar tan fácilmente. – continúa con la recreación del pasado.
- Creo que no hace falta que añadamos nada más entonces. – esta vez soy yo el que, con éxito, logra arrebatarse el boli y el papel.
- Estoy conforme. Déjame que lo firme. – ambos lo hacemos, y guardamos el papel cuidadosamente entre las hojas del álbum de recuerdos. – Que no se nos olvide de que está aquí.
- Tranquila, cuando saquemos todo seguro que nos acordamos. – beso su mejilla con fuerza, gesto que me corresponde con igual intensidad. – Antes de que nos vayamos a dormir ¿vas a contarme dónde has estado?
- Técnicamente, no he salido de casa. No te importaba cuando pasaba la tarde con los García, así que he entrado por la terraza.
- ¿Qué has hecho qué?
- Tranquilo, resulta que el chico ya se había instalado. No lo sabía y casi nos morimos del susto. Se llama Alex por cierto. Es un niño muy majo. – ahora son mis ojos los que se van a salir de sus cuencas. Como si de repente todo encajase, la visita de Antonio la noche anterior cobra sentido. – Estuvimos jugando un rato a videojuegos y luego intercambiamos expedientes. Lo suyo es una putada de las grandes, pero tengo su perfil y le he prometido jugar de vez en cuando. Cuando no tenga exámenes y esas cosas. También me ha dicho que me puedo quedar a dormir cuando quiera, iba a jugar esa carta si no me dejabas ir en transporte público al instituto, pero no ha hecho falta. – se detiene al ver el mareo en mi mirada. – ¿Demasiada información?
- Un poco, sí.
- Bueno, pues estamos en paz. – vuelve a besarme en la mejilla. – Voy a la cama, mañana si quieres te sigo contando.
- Está bien cariño, descansa. – antes de que desaparezca por el pasillo, me despido. – Buenas noches, te quiero.
- Yo también te quiero papá.